

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Cuanto más dura es la prueba, más necesaria es la unidad. El diario Clarín y el Rodrigazo (junio-julio de 1975).

Borrelli, Marcelo.

Cita:

Borrelli, Marcelo (2009). *Cuanto más dura es la prueba, más necesaria es la unidad. El diario Clarín y el Rodrigazo (junio-julio de 1975)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1367>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“Cuanto más dura es la prueba, más necesaria es la unidad”. El diario Clarín y el “Rodrigazo” (junio-julio de 1975).

Borrelli, Marcelo

El diario Clarín hacia 1975¹

El diario *Clarín* lanzó su primer número al público el 28 de agosto de 1945. Su fundador fue Roberto J. Noble quien dirigió el diario hasta el día de su fallecimiento el 12 de enero de 1969. Luego su esposa Ernestina Herrera de Noble se hizo cargo de la dirección del diario, la cual ha ejercido hasta la actualidad. *Clarín* tuvo una carrera ascendente desde su primer número. Durante el primer peronismo aumentó sus ventas y su popularidad, forjando una posición autónoma del poder político peronista. En ese momento su competidor directo era el diario *La Prensa*, aunque ostentaba una mayor circulación e influencia y captaba además la mayoría de los avisos clasificados. La expropiación de *La Prensa* por parte del gobierno peronista en el año 1951 benefició directamente a *Clarín*. El diario de Noble captó el flujo de lectores y de avisos clasificados que habían pertenecido a *La Prensa*, ubicándose como el diario de referencia de una clase media dinámica y en crecimiento. Hacia fines de los años '60 ya se había constituido en uno de los primeros diarios en el ranking de ventas nacionales (con una tirada promedio de 360.000 ejemplares diarios; *La Razón* y *Crónica* llegaban a 500.000 sumando todas sus ediciones). Desde la década del '60 se hallaba posicionado en el mercado periodístico como un referente clave de la clase media de los principales centros urbanos de la Argentina, en particular de Buenos Aires. Hacia mediados de la década del 70 se consolidó como el diario con mayor tirada en la Capital Federal y, además de ser el líder indiscutido en la publicación de los avisos clasificados, afirmó su influencia sobre la opinión pública nacional.

Hacia finales de la década del '50 y hasta inicios de la década del '80 *Clarín* abrazó el ideario político del desarrollismo vernáculo encabezado por Rogelio Frigerio y Arturo

¹ Este trabajo forma parte de la Tesis de Maestría del autor (Borrelli, 2008a) defendida el 19 de agosto de 2008 como finalización de la Maestría en Comunicación y Cultura de la Fac. de Ciencias Sociales de la UBA. La tesis analiza la política editorial del diario *Clarín* desde el “Rodrigazo” hasta el golpe de estado de 1976. La investigación es parte de la Tesis doctoral que el autor se encuentra realizando en la misma casa de estudios y que analiza la política editorial del diario *Clarín* durante la dictadura militar (1976-1983).

Frondezi. Hacia 1970 esta vinculación se concretará en una alianza ideológica, política y financiera con el partido que aglutinaba al pensamiento desarrollista nacional, el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) (Asís, 2000; Llonto, 2003; Ramos, 1993). El vínculo se expresó en su pensamiento editorial y en hombres del desarrollismo que trabajaron en la redacción de *Clarín* ejerciendo un verdadero “control ideológico” de la línea editorial del diario y las notas sensibles en relación a la política y la economía.

En un apretado resumen, puede decirse que para el ideario desarrollista la economía era la base de la cual dependían todos los demás niveles de la vida social argentina. Sin dar el “gran salto” del subdesarrollo hacia el desarrollo que refundaría a la sociedad argentina - extraviada luego de la experiencia frondicista de 1958-1962- no podrían resolverse los acuciantes problemas nacionales. La demanda era planteada en términos refundacionales, en tanto el país debía regenerarse a sí mismo a través de la “solución desarrollista”: afianzar la sustitución de importaciones, avanzar en la tecnificación del campo y en la integración agroindustrial, integrar productivamente el país, modernizar la producción energética, consolidar el capital interno y estimular la llegada del capital externo, afianzar la alianza de clases entre capital y trabajo para el progreso y la grandeza nacional, reforzar el rol del Estado para orientar el proceso industrial e inversor, aunque sin interferir con la actividad privada, entre sus principales propuestas (Acuña, 1984; Nosiglia, 1983). La “solución desarrollista” se realizaba desde una evaluación científica de la realidad social mundial y nacional, y se sustentaba en una base profundamente racionalista, economicista, antipoliticista y eficientista tecnocrática. Así, la política quedaba subordinada a la labor y opinión de los expertos y los tecnócratas, quienes exponían “la verdad” de los problemas y las soluciones político-económicas correctas (Yanuzzi, 1996).

Durante 1973-1974 el diario mantuvo una línea de férrea oposición a la política económica de Gelbard, atizado por el enfrentamiento que Frigerio tenía con el ministro de Economía y su política de Pacto Social. El MID, pese a haber participado del FRECILINA en 1972, pertenecer al FREJULI en el gobierno y haber acompañado la plataforma electoral del 11 de marzo, no había suscripto los acuerdos programáticos inscriptos en el Pacto Social en junio de 1973 y consideraba que la política económica que había iniciado Gelbard perjudicaba los intereses empresariales y la capacidad productiva nacional

Por último, pese a esta estrecha relación con el desarrollismo, es preciso afirmar que al analizar la posición editorial del diario deben articularse su adopción de la doctrina desarrollista con los propios intereses del diario como empresa periodística. El desarrollismo nutrió a *Clarín* de un perfil ideológico definido y de una estructuración político-ideológica coherente durante los años que duró el maridaje -hasta los últimos meses de 1981, cuando la directora Ernestina de Noble decidiera el alejamiento de los hombres del desarrollismo y el fin de la relación. Pero la perspectiva de ir consolidándose como una importante empresa periodística durante la dictadura militar -eje de un futuro grupo económico que tomará impulso a partir de 1976-1977 con su participación en la empresa productora de papel Papel Prensa S.A, facilitado por la dictadura militar (Borrelli, 2008b)- puso en tensión los intereses comerciales de la empresa periodística, que eran representados por su gerencia administrativa, con los políticos e ideológicos del desarrollismo. Asimismo, el ocaso paulatino del desarrollismo en la política nacional y su enclaustramiento en un ideario dogmático y cerrado sobre sí mismo, puso a *Clarín* frente al peligro de reducir sus posibilidades empresarias al quedar asimilado a un ideario que le estaba generando más problemas que réditos. El particular encono con el que el desarrollismo trataba a sus adversarios políticos iba en desmedro del tipo de alianzas, vinculaciones y negociaciones con el poder que un gran diario debía realizar para ampliar su capacidad de negocios.

Clarín frente al “Rodrigazo” (junio-julio de 1975): “Cuanto más dura es la prueba, más necesaria es la unidad”

El miércoles 4 de junio por la noche el flamante y tercer ministro de Economía del gobierno peronista, Celestino Rodrigo, anunció las medidas de un plan de ajuste estructural que incluía una megadevaluación del 100% para el dólar financiero y del 160% para el dólar comercial, aumentos de tarifas y combustibles (la nafta común aumentó 181% y la especial 172%) y una política restrictiva del gasto público. Más tarde aumentarían distintos servicios, además de las tasas de interés. En cambio, la oferta de suba salarial en las paritarias que se encontraban en curso rondaba el 38%. Lo

que se proponía el “Rodrigazo” -como fue denominado popularmente ese paquete económico- era liquidar definitivamente el ya esmirriado programa económico de 1973, basado en el Pacto Social y la concertación (Di Tella, 1985; Restivo y Dellatorre, 2005; Rougier y Fiszbein, 2006). Rodrigo había llegado al gobierno de la mano de López Rega, y su plan era parte del giro autoritario, antipopular y conservador que desde la muerte de Perón había profundizado el gobierno de María Estela Martínez de Perón influida por el “entorno lopezreguista”. Por otra parte, también pretendía dirimir la disputa interna del peronismo a favor del lopezreguismo. Ya desplazados del gobierno los sectores peronistas revolucionarios, y reprimidos ilegalmente por las bandas de ultraderecha, el plan de ajuste ortodoxo tenía como finalidad afectar la influencia del otro rival del lopezreguismo dentro del movimiento peronista: la burocracia sindical.

La crisis económica era realmente preocupante por la multiplicidad de frentes comprometidos: déficit público, inminencia de cesación de pagos, pérdida de reservas del Banco Central, recrudecimiento inflacionario, problemas en la balanza de pagos, falta de inversión productiva, desabastecimiento, crecimiento del mercado negro y especulación. La gestión previa de Alfredo Gómez Morales -sucesor de Gelbard desde octubre de 1974- había iniciado los primeros pasos para un ajuste con la aprobación de López Rega. Su política de “ajuste gradual” no dio resultado satisfactorio en una difícil coyuntura política y bajo la persistencia de los problemas económicos. A diferencia del “gradualismo”, el ajuste de Rodrigo consistía en una *terapia de shock* que “oficialmente” pretendía morigerar el déficit fiscal y el proceso inflacionario, así como achicar la brecha en la balanza de pagos. Vía devaluación estimularía las exportaciones para saldar los problemas en la balanza comercial, y vía reducción del salario ampliaría los márgenes de ganancia del sector empresario. En un contexto de pleno empleo, la reducción salarial aplacaría el consumo y habría más oferta exportable. Los objetivos finales eran aplicar una política de redistribución del ingreso que perjudicara al sector asalariado -los obreros y la clase media- en favor de los capitales más concentrados. La demanda de ajuste desde los sectores liberales había crecido durante la primera parte del año 1975, y las fuerzas políticas opositoras entendían que “el trabajo sucio” debía realizarse antes de las elecciones previstas para fines de 1976. En un principio, el plan fue apoyado por sectores liberales como la Bolsa de Comercio, las entidades ruralistas y

el Consejo Empresario Argentino (CEA) presidido por Martínez de Hoz, quienes comulgaban con las medidas pero desconfiaban del gobierno por su signo político. Y el gobierno contó con el apoyo de diversas fuerzas políticas, entre otras el MID, que consideraba inevitable una política de este tipo luego de dos años de una política económica que, desde su punto de vista, “se orientó deliberadamente a paralizar totalmente el esfuerzo de inversión” (cit. por Rougier y Fiszbein, 2006: 113). Pero pese a los apoyos consistentes, las medidas de corte liberal ortodoxo no pasarían la férrea oposición del sindicalismo peronista.

En su discurso de asunción del 2 de junio Rodrigo había advertido sobre la severidad de las medidas que se tomarían. Allí acusaba a los “especuladores” y a la “violencia” y el “terrorismo” como los “enemigos” que eran causales de la “distorsión de la situación económica”. Decretaba que era una “farsa” la política de redistribución del ingreso mediante aumentos salariales [en un contexto de alza del costo de vida y de precios], y afirmaba que el sistema de control de precios no había logrado contener la inflación pero había originado un mercado negro y la correspondiente especulación. Por último, advertía que se implementarían medidas “necesariamente severas” que “durante un corto tiempo provocarán desconcierto en algunos y reacciones en otros”. Pero concluía: “el mal tiene remedio” (*Clarín*, 3/6/1975). El anuncio de las futuras medidas había generado expectativa e incertidumbre, en un marco de absoluto hermetismo.

Clarín hizo una referencia editorial auspiciosa sobre el discurso de asunción de Rodrigo, al que calificó como un “análisis realista”, “sincero” y “claro” por su exacta descripción de las “anomalías” que caracterizaban a la economía nacional (*Clarín*, 4/6/1975). Y se mostraba de acuerdo con la interpretación de Rodrigo sobre que el régimen de control de precios no había contenido la inflación y que era la fuente básica del mercado negro y la especulación. “Producir más y ahorrar sobre el gasto superfluo”, había sentenciado el ministro. Para el matutino esa premisa era la “llave maestra” contra la inflación, los problemas de pagos externos y para lograr el bienestar popular. Y la referencia del discurso ministerial a la inversión extranjera era destacada como “oportuna”, ya que para el diario hasta ese momento había sido desalentada. Finalmente, el matutino explicitaba su anuencia con el paquete de *shock* que ese mismo día anunciaría Rodrigo. Al comentar la advertencia del ministro sobre la “severidad” de

las medidas que tomaría, afirmaba “(...) su prevención acerca de la adopción de medidas severas (...) comulgan con el grado de gravedad que se asigna a la situación que se enfrenta. El ministro ha querido con ello significar que está dispuesto a tomar el toro por las astas” (*Clarín*, 4/6/1975).

Una vez anunciado el plan el 4 de junio, se abrió un periodo de dramática disputa entre los sindicatos y el gobierno por la definición de los aumentos salariales. Mientras duró el conflicto -hasta el 11 de julio- ninguno de los editoriales de *Clarín* se refirió a la situación política nacional, que en este marco de tensión distaba de ser armónico. La utilización del *silencio estratégico* le permitió descomprimir su responsabilidad de opinar diariamente sobre tales acontecimientos políticos². Luego de conocerse el nuevo paquete de medidas, no se publicó un editorial específico analizándolo. Tampoco se ofreció una evaluación integral de la filosofía económica del plan, ni de los efectos concretos que acarrearía su aplicación. Solo se refirió a un aspecto puntual del plan Rodrigo -la devaluación-, señalando que era “comprensible” debido al magro desempeño que había tenido el comercio exterior en el primer trimestre de 1975, aunque desconfiaba que fuera una medida eficaz a largo plazo (*Clarín*, 15/6/1975). En síntesis, *Clarín* privilegió cierta precaución para no emitir una opinión taxativa sobre el “Rodrigazo” -no hubo una objeción directa, ni tampoco un apoyo en estilo apologético-, evidentemente a partir de la incertidumbre que la resistencia sindical generó sobre la viabilidad final del plan.

En cambio, durante el periodo de disputa abierto por el “Rodrigazo”, los editoriales estuvieron enfocados primordialmente a enjuiciar lo que se consideraba los efectos perniciosos que la política del Pacto Social tenían sobre la economía nacional, en línea con las objeciones que el MID le había entablado al FREJULI desde 1973. Como se ha comentado, el partido desarrollista se había opuesto a la política económica de Gelbard, y el 11 de marzo de 1975, al cumplirse dos años del triunfo electoral del FREJULI, había hecho público un documento donde afirmaba que se había abierto un “abismo” entre el mandato popular y el gobierno, críticas que también se relacionaban

² Sobre el *silencio estratégico*, Borrat señala: “Sería muy comprometedor para el diario si cada día tuviera que concretarse en una opinión sobre los hechos políticos del propio país: como todo actor del sistema político, el periódico necesita combinar sus silencios estratégicos con sus mensajes de apoyo, demanda o denuncia.” (Borrat, 1989: 139).

con el reducido espacio que el peronismo le había otorgado al MID dentro del Frente gobernante. Durante junio de 1975 *Clarín* se encargó de señalar que la problemática económica era la principal causa de los problemas sociales y políticos nacionales. Y la aplicación de las recetas económicas desarrollistas su posible resolución. Los argumentos recurrían a un vocabulario economicista y tecnocrático, característica propia del ideario desarrollista. Una de las críticas destacables era su rechazo a la política de control de precios y al “dirigismo económico” que esto implicaba. Ante las versiones sobre que el gabinete de Rodrigo limitaría el control de precios a un reducido grupo de productos de consumo popular, manifestaba su objeción por la incapacidad operativa del Estado para implementarlo (*Clarín*, 12/6/1975). Tal era así, que la administración económica anterior se había tenido que resignar a mantener la “rígida congelación” absteniéndose de introducir los “múltiples reajustes” que hubieran necesitado los precios para el “normal desenvolvimiento del proceso productivo”. Lo que tendría que haber sido una medida de “emergencia” y “transitoria”, finalizó siendo un esquema “básico y final” de una política de “penosas consecuencias para el país”. *Clarín* recordaba la interpretación de Rodrigo sobre que el control de precios no había obstaculizado la inflación y había estimulado la creación de un “enorme” mercado negro y la promoción del “agio y la especulación”. El problema había que encararlo con “realismo” y no asignarle al Estado una responsabilidad que no estaba en condiciones de afrontar. Pero este juicio negativo no incluía un rechazo integral al rol activo del Estado. El “dirigismo económico” tenía validez en aquellos países donde el Estado tenía la “efectiva aptitud” para desempeñarlo. En Argentina no había fracasado el “intervencionismo en sí mismo”, sino el intento de encararlo sin una reforma de la “tradicional estructura burocrática de la administración pública” (*Clarín*, 12/6/1975). Una administración pública ineficaz no podía responder adecuadamente a las exigencias que requería la “delicada responsabilidad” del intervencionismo.

Por otra parte, criticaba las previsiones del Plan Trienal pergeñado por Gelbard y le demandaba al gobierno nacional su “revisión” y “total reestructuración” aduciendo que era una programación “profundamente disociada de la realidad”³. *Clarín*

³ El “*Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional. 1974-1977*” condensaba la filosofía económica de Gelbard y contenía diversas estadísticas económicas que se preveían para el periodo invocado,

demandaba su revisión por la incorrecta previsión sobre la aplicación de los recursos requeridos por la inversión productiva (*Clarín*, 22/6/1975). La tarea de revisión “urgía” ya que estaba en juego la posibilidad de inversiones fundamentales para el desarrollo de la economía, con lo que retornaría la auténtica razón de ser de la planificación estatal: “la asignación de recursos escasos en función de las prioridades impuestas por el desarrollo” (*Clarín*, 14/6/1975). Su interpretación abrevaba de la premisa desarrollista por la cual se debía fortalecer al Estado para que comandara con eficiencia el paso del subdesarrollo al desarrollo. De su interpretación parecía desprenderse una noción del Estado donde éste funcionaría como una entidad no permeable a los conflictos sociales, las disputas intersectoriales y políticas, y que debía responder de manera homogénea y sin contradicciones a las demandas del “desarrollo”.

Mientras tanto, la puja sindicatos-gobierno por la distribución del ingreso colmaba el escenario político. Al momento del anuncio del plan Rodrigo, el 4 de junio, las organizaciones sindicales se encontraban en plena negociación de los convenios paritarios con las patronales para definir un nuevo nivel salarial, ya que finalizaban los convenios acordados dos años antes en el marco del Pacto Social. Aunque los acuerdos tendrían que haber sido firmados en mayo, y comenzado a regir en junio, ningún gremio se había arriesgado a hacerlo por la incertidumbre sobre el futuro nivel de los precios. La aplicación de las medidas de Rodrigo obligó a la inmediata suspensión de las negociaciones salariales y se abrió una fragorosa disputa con el gobierno por el porcentaje final de los aumentos salariales. Para Rodrigo, traspasar la franja del 38% significaba el fracaso del plan. Isabel, luego de intentar imponer un aumento unilateral rechazado por la CGT, dio libertad de acción a sindicatos y empresarios para pactar el porcentaje final. En desordenadas negociaciones, se acordaron aumentos que iban del 60 al 200% según la actividad, promediando un 160%. Pero los aumentos debían ser refrendados por el gobierno. De imponerse la demanda salarial del sector sindical, el plan económico de ajuste estaría condenado al fracaso. Isabel buscó imponer su tesitura: respondió con la derogación de las paritarias, y anunció un aumento del 50%, más otros escalonados de 15% en tres y seis meses. Los dirigentes sindicales afines al gobierno

pero que no llegaron a concretarse (Kandel y Monteverde, 1976: 27). Perón anunció su puesta en marcha para el periodo 1974-1977 el 21 de diciembre de 1973 en un discurso pronunciado desde la Casa de Gobierno.

quedaron en una posición incómoda: debían presionar a un gobierno peronista -al que públicamente apoyaban- para que la puja se definiera de manera tal que su autoridad no se viera desbordada y erosionada por la demanda de las bases, cuya movilidad y protestas superaba la capacidad de dominio de la dirigencia gremial. Finalmente decidieron presionar, aunque sin golpear directamente a Isabel. Con el fin de preservar la figura presidencial, y haciendo gala de un sutil mecanismo discursivo -utilizado también en otras circunstancias por la “juventud revolucionaria” en relación al propio Perón-, dirigieron sus diatribas contra López Rega y el círculo áulico lopezreguista que influía sobre la presidenta. Hubo movilizaciones de “apoyo” a Isabel para presionarla, huelgas, expresiones públicas de la presidenta reclamando comprensión, solicitadas y finalmente el histórico paro general declarado por la CGT para el 7 y 8 de julio -el primero de la historia nacional contra un gobierno peronista- con el que finalmente los sindicatos torcieron la posición del gobierno. Cumplida con éxito la primera jornada de paro, y luego de casi un mes y medio de puja, la presidenta aprobó la homologación de los convenios que decretaban subas salariales de un promedio del 160%, cifra que excedía con creces el límite exigido por Rodrigo y superaba el reajuste de precios y tarifas que había decretado en junio. El sindicalismo había triunfado. Una vez más, los jefes sindicales, y principalmente los que dirigían las 62 Organizaciones peronistas, desplegaron su capacidad para bloquear las iniciativas globales de otros sectores políticos, y privilegiaron sus intereses sectoriales a corto plazo en desmedro de la estabilidad institucional. Así, repitieron la estrategia defensiva y de oposición que los había caracterizado durante la etapa proscriptiva del peronismo y a través de la cual habían logrado bloquear las iniciativas del propio Perón y las de la izquierda peronista (Cavarozzi, 2006: 52-3).

Rodrigo y López Rega renunciarían tiempo después, y este último será obligado a abandonar el país (situación sobre la que *Clarín* no se expidió editorialmente)⁴. La

⁴ El 11 de julio Isabel aceptó las renuncias de López Rega como ministro de Bienestar Social y secretario privado, del ministro del Interior Alberto Rocamora y del ministro de Defensa Adolfo Savino (ambos vinculados a López Rega). En Interior se designó al peronista histórico Antonio Benítez, que dejaba el ministerio de Justicia, asumiendo esa cartera el peronista Ernesto Corvalán Nanclares. El ministerio de Defensa fue ocupado por el “apolítico” Jorge Garrido. Carlos Villone, perteneciente al lopezreguismo, pasó a ejercer el ministerio de Bienestar Social y otro lopezreguista que se desempeñaba como Secretario Legal y Técnico, Julio González, tomaba la Secretaría Privada. Continuaban el ultraderechista y lopezreguista Ivanissevich en Educación, Cécilio Conditti en Trabajo y Alberto Juan Vignes en Relaciones Exteriores.

disputa horadó profundamente la legitimidad de la presidenta, quien no se recuperaría jamás del revés. Se cerraba una etapa política y se abría una verdadera “agonía” para el régimen (De Riz, 1986: 184) que puso de relieve su débil legitimidad de gobierno y de apoyo.

Poco tiempo después, con Rodrigo fuera del gobierno, *Clarín* se explayará sobre los motivos del fracaso de su plan:

Sus penosas consecuencias no derivaron de la ausencia de previa concertación, sino del básico irrealismo de un programa que tradujo su propia y confesada inexperiencia en materia económica. No pudo, en consecuencia, obtener el consenso a posteriori, que era el único al que podía aspirar en aquellas circunstancias. Y no ha de verse en su fracaso sino el producto de la improvisación y de la ingenua confusión entre los buenos preceptos de la teoría económica y la factibilidad de sus aplicaciones (Clarín, 6/8/75, p. 8).

No se condenaba la experiencia por su finalidad y espíritu económico, sino por su instrumentalización y por las capacidades de quien pretendió aplicarla.

Pese al fracaso político, el “Rodrigazo” tuvo a corto plazo efectos nocivos sobre la economía nacional: un salto exponencial del ritmo inflacionario -había desatado la peor experiencia inflacionaria que hasta ese momento recordaba la sociedad argentina-, una cuantiosa especulación y la indefinición de la política cambiaria que generó expectativas de futuras devaluaciones -por lo cual las empresas acumularán en forma especulativa *stock* de artículos importados-.

La expresión editorial sobre la crisis que se había desatado a partir del Rodrigazo fue publicada hacia mediados de julio, días después de su resolución (*Clarín*, 13/7/1975). La gravedad de la situación era por demás elocuente desde la enunciación del título: “Cuanto más dura es la prueba, más necesaria es la unidad”. El editorial ocupó toda la página del diario, remarcando la excepcionalidad de la situación política. El ostensivo fracaso de la política de ajuste de Rodrigo ahondó el panorama de

Rodrigo continuó en Economía hasta el 19 de julio. Ese día, López Rega abandonaría el país hacia España con el misterioso título de “embajador plenipotenciario”.

inestabilidad e incertidumbre que ya no concluiría durante la etapa peronista. El *silencio estratégico* que había mantenido *Clarín* durante la resolución del conflicto, le permitía ahora realizar un balance juzgando los acontecimientos en tono *explicativo* desde una posición que trascendía los intereses sectoriales de los actores involucrados y los aspectos coyunturales de la crisis. El editorial se presentaba como una evaluación integral de la situación nacional desde el periodo abierto en 1973, e intentaba explicar cómo y por qué desde ese momento esperanzador se había llegado tan “rápida e inesperadamente” a una situación de profunda crisis. En un tono lacónico, hierático y *admonitorio* contrastaba el desfasaje evidente entre las esperanzas del retorno democrático de 1973 y las urgencias de julio de 1975 y recordaba el apoyo que el propio diario le había brindado al triunfo de la “causa popular” que había significado el retorno peronista de 1973⁵.

En la opinión del matutino las causas del “caos” que afectaba a la Argentina se cifraban en términos estrictamente económicos, era esta crisis “la que siembra el descontento y crea tensiones sociales, introduciendo una peligrosa cuña entre los argentinos”. La responsabilidad recaía sobre la política económica inconducente adoptada por el gobierno peronista:

La tremenda frustración a que ahora asistimos no es sino consecuencia de la errónea elección de una política económica contrapuesta a los objetivos fijados. El mecanismo de la acción concertada -que consistió, fundamentalmente, en la congelación de precios- derivó todas las energías hacia la consolidación del estancamiento, prontamente seguido por un regresivo y empobrecedor proceso. Lo que debió haber sido el punto de partida en el salto hacia delante, se convirtió en la petrificación de la vieja estructura, reproduciendo errores malamente disimulados por una justicia distributiva que se agotaría en el transcurso de los días ante la creciente escasez de la riqueza

⁵ El editorial utilizaba diversas palabras clave, adjetivaciones y metáforas para contrastar la situación política de 1973 con la de julio de 1975: “abiertos horizontes” / “nubes de tormentas”; “anhelo, “voluntad”, “renovada esperanza” / “siniestros presagios”, “profundidad de la ciénaga”, “injusta frustración”; “Comunidad Organizada”, “consustanciación pueblo y gobierno” / “violencia”, “enfrentamiento”, “agresión material o verbal”, “caos”, “crisis que agobia”.

disponible. Esa rígida y prolongada política económica fue operando la veloz desarticulación del sistema productivo (...).

Los errores de la política económica habían generado un “empobrecimiento real” agravado por la emisión monetaria, el mercado negro, una acelerada carrera entre precios y salarios, la clausura de fuentes de recursos y el desaliento a la inversión -que también era afectada por las restricciones impuestas por el gobierno a la inversión extranjera-. Haciendo uso de un estilo *predictivo*, *Clarín* recordaba que ya en 1973 había alertado que la democracia por sí misma no aseguraba las “aspiraciones de grandeza” que le correspondían al país “en tanto no se introdujeran los profundos cambios que imponía la hora, puesto que el ‘retorno a la democracia los hace posibles, pero no los asegura’”. Ese cambio, era la implementación del “camino del desarrollo económico” y “la remoción de las viejas estructuras del estancamiento”, que era lo único que aseguraba “mejores condiciones de vida”, el “bienestar popular”, la “liberación nacional” y la “revolución en paz”. A pesar del crítico diagnóstico, el editorial apelaba con cierta esperanza a la “conciliación y la unidad nacional” para procurar una salida a la “dura prueba” que desafiaba a los argentinos, y hasta manifestaba su voluntad de olvidar “las injustas agresiones” que fuera objeto al advertir los errores del gobierno en aras de la unidad nacional. Por ello pedía la acción solidaria de la sociedad entera “sin distinción de sectores y de clases”. Solo así, e iniciando la marcha por el “debido camino”, en el futuro aguardaban las metas de “felicidad”, “justicia” y “grandeza nacional”. (*Clarín*, 13/7/1975).

El tono *admonitorio* del editorial se legitimaba en la capacidad que había demostrado el diario para predecir la crisis nacional (“Lo que *Clarín* vino previniendo en el curso de los dos últimos años, con fidelidad a las ideas que le legara su fundador, ha tenido inexorable cumplimiento”, afirmaba -*Clarín*, 13/7/1975-). La eficacia potencial de las medidas que proponía parecía estar asegurada porque había advertido con lucidez sobre las consecuencias de los errores económicos que se presentaban como un dato “objetivo” de la realidad. La capacidad predictiva, a la luz de los errores de la experiencia histórica reciente, le confería un Saber sobre otros actores. Esto se articulaba con el sesgo dogmático de las soluciones propuestas que, en última instancia, se arraigaban en la

concepción tecnocrática del desarrollismo sobre las formas de resolución de los problemas nacionales.

Algunas ausencias eran destacables en la evaluación editorial. No había referencia al poder legislativo y a los partidos políticos tradicionales como posibles articuladores de una salida política, lo cual expresaba, por una parte, la crisis de representatividad en la que estaban inmersas las instituciones de la democracia burguesa y los partidos políticos, como así también la desconfianza que el ideario desarrollista profesaba hacia los poderes formales cuando éstos no aseguraban la implementación del cambio de estructuras desarrollista. También, cabe destacar, en el editorial no se hacía referencia a las Fuerzas Armadas, ni en forma explícita o implícita. Tampoco se hacía mención directa o detallada sobre el ríspido conflicto entre sindicatos y gobierno, ni una evaluación política de sus consecuencias. Exclusión que refería a su propia concepción economicista por la cual tales conflictos eran una consecuencia de los errores en política económica del “populismo”, cuya descripción ocupaba la totalidad del editorial. Cabe destacar también que no se culpabilizaba directamente al gobierno de María Estela Martínez de Perón, ni se evaluaban negativamente las medidas de ajuste que había tomado Rodrigo, sino que se señalaban los errores económicos del proceso político iniciado en 1973. Aunque no postulaba aún la inviabilidad o agotamiento del proceso político, se utilizaba un discurso de alto contenido *admonitorio* para señalar las correcciones que debían imprimírsele al rumbo tomado, una estrategia a la que apelará recurrentemente hasta fines de 1975 (valórese que, pese al distanciamiento que crecía día a día, el MID continuaba siendo el principal socio del Justicialismo en el FREJULI). Tampoco se mencionaba a la “subversión” ni a los “extremismos”, sino a la “violencia” que ponía en peligro la concreción de una “Comunidad Organizada”. Problema que, para el desarrollismo, era una consecuencia del subdesarrollo, no una causa⁶.

Por último, sus propuestas de resolución de la crisis no estaban dirigidas explícitamente a ninguno de los poderes institucionales, ni a actores políticos o sociales específicos. Ni siquiera al gobierno en particular (aunque por supuesto puede columbrarse

⁶ Para *Clarín* el origen de la “subversión”, por ejemplo, se explicaba porque las condiciones sociales negativas generadas por el subdesarrollo propiciaban de “caldo de cultivo” para las apetencias revolucionarias (*Clarín*, 25/1/1976). En este sentido, el desarrollo económico era un garante de la paz social, de allí que el matutino mencionara como referente a la encíclica “*Populorum Progressio*” del Papa Paulo VI, que afirmaba “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz” (*Clarín*, 9/10/1975).

que era una llamada de atención dirigida a éste). Su discurso no construía un destinatario particularizado, debido a que recurría a una enunciación taxativa e impersonal de *verdades*. Al plantearse una salida de tipo tecnocrática y en pretendido tono “desideologizado” y “universalista”, no parecía ser de máxima relevancia qué grupo político o actor la implementara. Lo importante era llevar adelante el plan desarrollista, único que aseguraría la viabilidad de la Nación. Este plan se ofrecía a la sociedad civil en su conjunto porque no se presentaba como el plan de un sector particularizado, sino un programa para la unidad nacional y el beneficio de todos los sectores. Justamente, como lo que tenía que prevalecer era la unidad entre sectores superando todo conflicto faccioso, no se ensayaba una culpabilización de un sector en particular. Había sí una crítica solapada a Gelbard y más directa al “populismo” por no haber sabido conducir un proceso de verdadera concertación social, base para la concreción de los “objetivos nacionales”. Pero aún existía la posibilidad de tomar el “debido camino” hacia los grandes destinos del país. No sería sencillo superar la crítica situación, pero se podría con una acción solidaria “sin distinción de sectores y de clases”.

A manera de breve conclusión

Del análisis realizado se desprende que el ideario desarrollista de *Clarín* no tuvo mayores objeciones en convalidar las medidas de corte ortodoxo y liberal contenidas en el “Rodrigazo”, por más que los referentes desarrollistas tenían públicas diferencias con los sectores “liberales” tradicionales del país. En este contexto, este acercamiento se justificaba porque para el matutino los problemas derivados del Pacto Social eran tan graves que conducían irremediablemente a tomar medidas drásticas para sanear la economía. Pero ocurre también que entre ambas orientaciones económicas había puntos en común, ya que concordaban en señalar la ineficacia del Estado manejado por el peronismo “populista” y en la crítica negativa sobre el Pacto Social, aunque con fundamentos diferentes entre una y otra visión. Y además, había un acuerdo tácito en que las fuerzas del mercado debían operar libremente, aunque para el desarrollismo las grandes líneas del sistema capitalista debían estar impulsadas por el Estado.

Por último, debe señalarse que la evaluación de la crisis fue acompañada de una profundización del tono admonitorio con el que se juzgaba a la administración peronista y a la realidad nacional. Si bien se atisbaba un margen para dar cuenta de los problemas nacionales en base a la necesaria “unidad” de todos los sectores sociales, la única solución verdaderamente viable que se concebía era la pronta implementación de la “solución desarrollista”. De no concretarse, la crisis nacional se agravaría y *Clarín* podría arrogarse el haber predicho esa situación, así como haber planteado cuál era el camino correcto a tomar.

Referencias bibliográficas

Acuña, M. L. (1984). *De Frondizi a Alfonsión: la tradición política del radicalismo/I*. Buenos Aires: CEAL.

Asís, J. (2000). *Diario de la Argentina*. Buenos Aires: Oberdán Rocamora.

Borrat, H. (1989). *El periódico, actor político*. Barcelona: Gili

Borrelli, M. (2008a). *Hacia el "final inevitable". El diario Clarín y la caída del gobierno de Isabel Perón (1975-1976)*. Tesis de maestría en Comunicación y Cultura, Fac. de Cs. Sociales, UBA (mimeo).

----- (2008b). "Una batalla ganada": el diario *Clarín* frente a la compra de Papel Prensa por parte de los diarios *La Nación*, *Clarín* y *La Razón* (1976-1978), *Papeles de trabajo*, IDAES.

Cavarozzi, M. (2006). *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: CEAL.

De Riz, L. (1986). *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*. Buenos Aires: Hyspamerica.

Di Tella, G. (1985). *Perón-Perón. 1973-1976*. Buenos Aires: Hyspamérica [Primera edición., 1983].

Kandel, P. y Monteverde, M. (1976). *Entorno y caída*. Buenos Aires: Planeta.

Llonto, P. (2003). *La noble Ernestina. El misterio de la mujer más rica del país*. Buenos Aires: Astralib.

Nosiglia, J. (1983). *El desarrollismo*. Buenos Aires: CEAL.

Ramos, J. (1993). *Los cerrojos a la prensa*. Buenos Aires: Amfin.

Restivo, N. y Dellatorre, R. (2005). *El Rodrigazo, 30 años después. Un ajuste que cambió al país*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Rougier, M. y Fiszbein, M (2006). *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*. Buenos Aires: Manantial.

Yannuzzi, M. (1996). *Política y dictadura*. Rosario: Fundación Ross.